

Los cordones de la escritura

Mateo Piraquive Giraldo

Es en la cartografía del abismo de la que se parte, y en la que uno destila el tiempo llenando cuadernitos de apuntes inútiles, espejismos de un muerto sepultándose poco a poco en cada rayón, en cada nota, en cada punto que se traza hacia ninguna parte. Hay algo enfermo en forma de grito y que está cansado del silencio. Hay una especie de voz o fantasma que ha sido engendrado y urge en ser bautizado. Hay en principio un espacio en blanco, y del que pronto no quedará nada.

Escribir como centro de emancipación hacia la vida. Escribir como refugio pero a la vez como medio de persecución, de resistencia, de incomodidad ante este diccionario de sensaciones que me infectan. Escribir como soplido a recuerdos con los que las arañas hacen festín. Escribir como fósforo que prende en fuego al pajar para encontrar la aguja. Escribir cuando quiera, y cuando no, dejar de escribir. El verbo como bala que se dispara hacia el mundo o hacia sí mismo. Escribir como laberinto y como salida y como pasillo interminable.

Aparte de esto; una urgencia, un motivo. La escritura es un remedio para no morir, y todos sabemos que los remedios para no morir son devastadores. La escritura como sangre que me atraviesa el corazón sin matarlo; confusas conversaciones conmigo mismo, soliloquios que desmigajan el alma humana hasta su más íntima condición. Una búsqueda, una forma, y además, correr el riesgo de las consecuencias: la locura, el fracaso, el ridículo, o peor, la fama.

Simplemente residir en el desagradable hecho de impulsarme como un dardo, siendo el dardo y la mano que lo arroje. Al final, no dar en un tablero, ni en un muro, ni en el elegante ataúd. Al final, caer tristemente al suelo y desahuciarme con el tiempo. Es así, con la secuencia infinita que cabe en el ser finito que soy, y mientras desamarro un nudo, otros más por su cuenta, se empiezan a atar.

